

## “LA TÉCNICA Y EL HOMBRE”

Hemos sostenido que no somos bárbaros por ser agrícolas; quizá lo fuéramos — y mucho más — si dejáramos de serlo.

Nuestro sino está predeterminado por las condiciones naturales, suelo y clima, que nos hacen aptos para el hacer agrícola. Y no podía ser de otro modo: vivimos y viviremos siempre del trabajo rural.

La civilización puso el pie, aquí, cuando Mendoza fundara la Santa María del Buen Aire. Pero paradójicamente nuestro proceso cultural tiene más antiguas raíces, parte de la prehistoria — nuestra prehistoria indígena — cuando se enterrara la simiente para cultivar el maíz.

Alguna vez se revelará esa historia agraria, nuestra por americana y campesina, y se enseñará geografía rural argentina.

Nuestra barbarie no está en el practicar ese artesanado biológico que es cultivar la tierra... Nuestra barbarie radica en el atraso técnico y en el abandono social de nuestra campaña.

Hoy tenemos una explotación agrícola y una explotación ganadera (perdóneseme la redundancia), falta de la evolución necesaria, estancada, o, si preferís el término: “congelada”, por falta de técnica... y eso que, en Argentina, la agricultura nació mecanizada.

Necesitamos, vitalmente, tecnificarnos; la técnica nos es ne-

cesaria — más que necesaria — indispensable. Sin ella no nos hubiéramos civilizado, no hubiera habido progreso...

Necesitamos tecnificarnos, pero ¿a costa de qué técnica? La técnica de la mano, o, la técnica integral, armónica, en la que interviene la mente y el espíritu.

Tres autores, tres inteligencias que se ocuparon en tiempos dispares sobre el tema nos han de servir para dilucidar el planteo.

Hoy Reissig a través de su libro “La era tecnológica y la educación”. En todo tiempo, o para toda época, la palabra madura y cristalina del gran Ortega — Don José Ortega y Gasset — con su “Meditación de la técnica”. Y antes el pensamiento realista de Spengler Oswald, en su ensayo sobre “El hombre y la técnica”.

Curzio Malaparte, el desconcertante autor de *Kaput* y *la Piel* (desconcertante porque fué un artista genial, un humanista desensibilizado y un ciudadano discutible) al regresar de su último viaje, viaje de “bodas de Plata” con la literatura, en que ya enfermo fuera “donde China era China y nada más que China”, nos refiere — en apuntes anticipados por la prensa — con niña sinceridad o ingenuo candor; refiriéndose a las manos laboriosas, de ese pueblo extraordinario: ...“todo lo hacen con las manos. Tienen manos muy *sabias* y muy *expertas*. Los chinos son excelentes obreros, quizás los mejores del mundo, sobre todo tratándose de maquinarias complicadas y delicadas. Esto proviene de que la máquina es la prolongación de este instrumento *delicado* y *perfecto* que es la mano de un chino”...

Si la técnica consistiera nada más que en un adiestrar de manos, pues, por cuadrumano, el mono, estaría en mejores condiciones que nosotros, los hombres, para tecnificarse.

Sin embargo no ha superado a la mímica, la habilidad imitativa, el hacer “de espejo”; es decir, el mero *reflejar* lo que se le indica, *sin poner en ello nada de lo propio*.

Allí tenéis planteado el dilema: o la mano del primate, grande — puro músculo y nervio — hábil para el calco, la imitación. O la mano pequeñísima del chino: mano con personalidad, mano creadora, mano pensante.

Una de dos: o hacer de la mano una herramienta o que ella — la mano — *maneje* a la herramienta; adquiriera el ingenio necesario para construir y utilizar la herramienta.

Que es como decir: bien que la mano adquiriera movimientos mecánicos, se convierta en instrumento...

O bien que la mano actúe con sentido propio, por propia decisión y directiva personal; y con sensibilidad humana.

Quizá surja la duda respecto a su mayor eficiencia. Si cuando toma la forma de una llave, un engranaje, o una polea; entonces no hay duda de que se desempeñará como una herramienta inferior o de mala calidad, ya que no tiene la precisión, la regularidad ni la resistencia de la herramienta mecánica, y, además, se cansa, se enferma... y hasta puede cerrarse en forma de puño para protestar...

O si desempeñándose como *mano humana*; entonces será un complicado instrumento para la artesanía y la belleza: capaz, hábil, creadora, afectiva... y, felizmente hasta rebelde.

No estamos, ni podemos estar, contra la técnica. Del progreso técnico depende el progreso y la seguridad de los pueblos.

Todo se reduce en saber dos cosas, dos cosas que responden a un mismo fin: si la mano *debe* actuar en libertad... y si la mano *puede* actuar en libertad.

Libertad, esa y no otra es la palabra — el concepto que hace a la médula del problema técnico como a todos los problemas que afectan al hombre — la *libertad*; la libertad como esencia de cultura, la libertad creadora del filósofo Alejandro Korn;... todo lo contrario del automatismo.

El automatismo — son palabras de César E. Romero en “La Nación”, de julio 15/1959 — “rompe el *equilibrio* entre acción y conciencia”. El automatismo, expresión última de la técnica mecánica, despersonaliza al obrero, diluye la personalidad del hombre, desintegra al individuo, lo pulveriza y confunde en un ser genérico, en una entidad numérica de masa.

Desde que el hombre descendió de los árboles, desde que el hombre es hombre, supo distinguir, tuvo la exquisita sensibilidad, o intuición, de saber distinguir *entre* el progreso *instrumental* y el perfeccionamiento moral (lo técnico de lo ético y estético).

La humanidad diferencia perfectamente entre el dominio de la naturaleza y el dominio de la naturaleza humana; entre la liberación material del hombre y la libre expresión del espíritu.

Bien, Reissig enfrenta ambiente y técnica, y, parte de la premisa de que es *exclusivo* del hombre crear su ambiente... “mien-

tras el animal vive a expensas del ambiente, sin renovarlo ni recrearlo”.

En procura de una argumentación, el autor urge en las teorías genéticas lo que le atribuye, a su exposición, una importancia mayor, pues tiene grandes implicaciones con todos los aspectos del problema del hombre.

Este “buen hombre”, el homo-sapiens, vive acorralado por el medio y su perfección sería imposible sino modificara *permanente*mente al medio.

Afirmase — en dicha obra — que el error clásico de la enseñanza ha sido creer en la evolución cultural del individuo, por su propia capacidad de perfeccionamiento, cuando es el *medio* el que *hace al hombre*.

(A la inversa del insecto no puede el homo-sapiens, transformarse de gusano en mariposa dentro de la envoltura rígida estable, de la crisálida).

El proceso de variación, o modificación, biológica y moral, depende del ambiente — mundo exterior — que adquiere así importancia todopoderosa. Y de allí la fuerza de la técnica, y de su valor, pues de la técnica depende la modificación del mundo circundante; ya que por ella el hombre ha logrado dominar a la naturaleza.

La naturaleza — según este criterio — es un proceso ambiental: “somos lo que vivimos y como lo vivimos”. En esto — como se aprecia — hay no poco del viejo enfrentamiento de los Lysenkianos ante los Genéticos. “La vaca se hace por la boca”, según lo que come, más que por vía hereditaria... en lo que estamos de acuerdo, para hacer carne, o leche, pero no para hacer *espíritu*.

Siguiendo tal línea de pensamiento es posible que aceptáramos la aseveración de que nuestra historia será pre-historia y que el hombre del futuro considerará al hombre anterior a la desintegración del átomo como “*su*” antecesor.

Más interesante se me hace determinar si ese hombre ya actual — estamos en la desintegración del átomo — es más o menos bárbaro que “*su*” antecesor; si ese hombre de la supertécnica es más o menos sensible a los valores humanos. Si en su progresiva conquista de la naturaleza — desintegrando al átomo — no ha realizado la desintegración de la personalidad humana; transformándonos, maquiavélicamente, en cosas, objetos, piezas o me-

canismos automatizados. En inconscientes víctimas de la propia máquina que en vez de *servirnos* nos está gobernando.

La dictadura del reloj puede ser el ejemplo menos agresivo —pero bien revelador— del proceso mecanicista de la humanidad.

Romain Rolland —el apóstol de la paz— desarrolló este motivo en “La rebelión de las máquinas”, rebelión para reintegrarse a su función de máquinas, para dejar de aplastar al hombre, avergonzadas de ser servidas por su creador.

No sé si nos asimilaremos a esta nueva filosofía tecnológica, si nos avendremos a aceptar fácilmente la “verdad” proclamada de que “la técnica constituye el *fondo común* de la humanidad”. Y que en el extremo opuesto están los originalmente calificados “países folklóricos”, los más atrasados, constituídos por palurdos!

Como palurdo no me seducen sus axiomas: el mundo tecnológico del futuro desplazará la “mano de obra” *física* en favor del incremento de la mano de obra intelectual, técnica y científica.

Yo me pregunto si no será luego lo ya demasiado sabido, aquello de que en realidad lo que interesa es ahorrar salarios, no disminuir esfuerzo, penuria.

Por qué no se plantea como primera aspiración y como orientación civilizadora de esa técnica —cada vez más absorbente y generalizada— la de transformar pues el esfuerzo penuria del hombre en trabajo placer?, la de reducir las horas de actividad física en favor del tiempo libre para recreación del espíritu, ilustración de la mente y sensibilización del corazón?

Por qué no se estructura el proceso técnico sobre la base del respeto a la dignidad humana, sobre la base de la dignificación del hombre?... en vez... ¿en vez de qué?... de la aplicación que hace el hombre de la técnica para destruir a otros hombres...

Los teorizadores de la técnica pura, los académicos de la tecnocracia, convertida a imitación de la economía clásica, en una ciencia desprovista de todo humanismo —porque no es moral ni inmoral, sino simplemente amoral, es decir ajena a la moral— prosiguen tozudamente afirmando que sólo los países industriales están en plena marcha civilizadora, que constituyen la etapa superior del ordenamiento y el progreso social, técnico y cultural, frente a los países agropecuarios, países de bárbaros y palurdos?

Por qué esos centros civilizados, que han hecho siempre uso de la llave del progreso, orden y cultura, no han ejercitado la

solidaridad, o la piedad, para sacar de la barbarie a los pueblos bárbaros, que son los que les dan de comer y vestir, y les proveen — además — toda la materia orgánica que han menester para su industria?

Y que si elaboran, transforman, transportan, almacenan, negocian y se enriquecen lo es con lo que únicamente la agricultura es capaz de producir. Esos centros industriales *les darán*, sí, a los pueblos bárbaros, de palurdos, la técnica *hasta donde se la pueden vender*... y a buen precio.

A esos centros industriales — dueños del orden, el progreso, la civilización y la cultura — mucho no les ha interesado, ni les preocupa, las necesidades fisiológicas, menos las espirituales de nadie, sino... simplemente las necesidades *solventes* de sus presuntos clientes...

Ya que ellos se alimentan, se abrigan y negocian gracias al producto de la tierra que obtienen con su trabajo los pueblos “folklóricos”, pueblos de palurdos, ¿por qué los mantienen en ese estado de primitivismo o de barbarie si el gobierno financiero, el gobierno político, el gobierno educacional está en sus manos industriales, limpias de tierra?

Ortega y Gasset, a través de su palabra madura y cristalina, profundiza el planteo anterior, que es el actual, y, se está generalizando demasiado fácilmente.

(Pareciera que la técnica, con el correr del tiempo, tal la teoría tecnológica de hoy, a medida que se generaliza pierde en profundidad, es decir que gana en superficie y en superficialidad...)

Ortega y Gasset encara la cuestión con hondura, al considerarla en su calidad y valor.

Y desarrolla un concepto más humano e integral al decir que el hombre procura liberarse del mundo, natural que lo rodea — y del artificial fabricado por la técnica — para ensemismarse, que es como decir: para meterse y vivir en su propio mundo, el mundo personal del espíritu, en el mundo auténtico de cada uno.

La diferencia — y sustancial — del concepto orteguiano está en que él acepta la técnica como medio de liberarse del mundo exterior — desentenderse de él — con el objeto de vivir en el íntimo.

El mundo exterior (natural y artificial) es el *fuera inmedia-*

to, mientras el *fuera mediato* —“el fuera de ese fuera” — es su mundo propio, auténtico.

Para Ortega la diferencia entre el hombre — personalidad técnica — y el animal — atécnico — no radica exclusivamente en que el animal ha de adaptarse a la naturaleza, y vivir así como elemento natural sino en que *debe ser regido* por las cosas de en torno, por las cosas “de fuera”, *sin poder meterse dentro de él*, sin poder ensimismarse como el hombre que creó la técnica para desprenderse del exterior y poder así “entrar y descansar en sí mismo”. Muy distinto, por cierto, de la técnica artificial, o extra-humana, proclamada hoy.

Luego — o recién entonces, prosigue Ortega — libre de la presión del medio, y, elaborado su plan de vida, el hombre, emerge y vuelve al afuera en calidad de protagonista. Vuelve o retorna con un “sí mismo”, que antes no tenía, para gobernar las cosas que lo rodean, para modelar el mundo según las preferencias o deseos de su intimidad.

Concebida de esa manera la técnica, la tarea — la enorme tarea — del hombre, su tarea superior, consiste en “humanizar al mundo”.

Así podemos tener fe en la técnica: atribuyéndole un contenido espiritual que le impida mecanizarnos, automatizarnos.

El contenido y el sentido de esta técnica, al servicio del hombre, se comprenderá mejor si reflexionamos un poco en la tragedia del hombre, en su “dramatismo”, según el decir de Ortega y Gasset.

El dramatismo del hombre consiste en que su pensamiento no es una cualidad recibida; por el contrario una cualidad que debe elaborar o cultivar, y merced a esa cultura procura estar en lo cierto, descubrir la verdad.

Para ello es lógico que el hombre necesite de una técnica, y la más perfecta para poder — con esa técnica — liberarse.

El peligro de la técnica por la técnica, la técnica para el simple dominio de la naturaleza consiste en que nos lleva, muy hábil e insensiblemente, al “bizantinismo”, o al “capitalismo de la cultura”, con sus inevitables consecuencias del sadismo materialista o la pasión fiduciaria.

La técnica es necesaria, indispensable, al hombre, para superar su mera vida animal; mas ella debe realizarse por el proceso

señalado, el del ensimismamiento, el pensar elaborando el plan para la acción.

Los explotadores del hombre — y los demagogos, sus sirvientes en la tarea proselitista — seducen ofreciendo el trabajo fácil, mecánicamente resuelto, que permite conducirse u obrar sin tomarse el trabajo de reflexionar. Evitando que el hombre se concentre y se recree en su interior — su “fondo insobornable” — y se conforme, a la postre, en permanecer hacinado en muchedumbre, y ser manejado como rebaño: “en flotar como la boya que lleva la corriente”, tal lo dice Ortega y Gasset.

El gran peligro de la tecnocracia es el de *limitarse* a la pura acción, con lo cual pierde valor y sentido la vida del hombre; porque la vida no es un azar, responde a un proyecto constantemente renovado por el pensar del hombre.

Bien, ese programa vital que se traza el hombre — ese proyecto para su propia vida — es extranatural.

No podemos, en consecuencia, creer que la técnica, limitada o reducida a dominar a la naturaleza, constituye la razón primera y la última que ha de llevar a la humanidad por el camino del progreso, del orden, la civilización y la cultura.

Por otro lado la inteligencia sola no es capaz de trazar el programa que ha de dar sentido a la vida del hombre. Sólo cuando la inteligencia funciona al servicio de una imaginación creadora, de proyectos vitales, puede constituir la capacidad técnica.

“Los antiguos dividían la vida en dos zonas: una a la que llamaban “otium”, el ocio, que no es la negación del hacer (o el no hacer) sino ocuparse en ser lo humano del hombre; que ellos interpretaban como mando, organización, trato social, ciencias, arte”.

“La otra zona, llena de esfuerzo para satisfacer las necesidades elementales, todo lo que hacía posible aquel «otium», la llamaban «nec-otium», señalando muy bien el carácter negativo que tiene para el hombre”; esa es la técnica y sus implicaciones desfavorables, atentatorias de la espiritualidad humana.

Hoy las fuerzas técnicas son super abundantes; sin embargo la desorientación es trágica, el hombre no sabe qué ser, le falta una imaginación para inventar el argumento de su propia vida. Esa es la tragedia, de la que no quiere percatarse siquiera el moderno — según el decir de Franklin — “*animal instrumentíficum*”.



Seamos menos animales, un poco más palurdos si es que no sabemos usar la técnica para liberar al hombre, que según Hegel “*cultura es libertad realizada*”.

Sintetizando a Ortega y Gasset podemos arriesgar esta explicación: la naturaleza, de la cual busca independizarse el hombre, es el “ad-quo” de los griegos, aquello *desde lo cual*; el recurso para dominarla: la técnica. Y, hacia el cual o hacia el donde — el “ad-quaen” — el programa que se traza el hombre para vivir, y en razón del cual usa la técnica.

Siguiendo, ahora, a Spengler Oswald en “El hombre y la técnica”, observamos que nos previene, con gran preocupación, sobre el hecho de que “los filisteos de la cultura — tal lo dice él — se entusiasmaban a cada botón que ponía en marcha un dispositivo”... así “aparece el superficial entusiasmo por los progresos de la técnica, destinados a ahorrar trabajo y a divertir a los hombres. Pero del alma ni una palabra”. Y acto continuo aclara: la técnica, para ser tal es la táctica de la vida, la forma íntima de manejarse en la vida. No se trata de herramientas o de la fabricación de cosas, sino de su manejo, pues existen técnicas sin herramienta alguna.

La diferencia entre el hombre, ser técnico, y el animal, atécnico, no estriba en la mayor o menor capacidad de dominar la naturaleza, de adaptarse a ella o de adaptarla al individuo; consiste en la capacidad del hombre en crear y vivir su mundo interior. Así la lucha biológica por la vida y el papel exclusivo de la técnica para ese logro no puede ser confundida con la concepción del *sentido* de la vida; del esfuerzo por atribuirle un contenido propio a la existencia; a la aspiración de darle autenticidad a la vida, que es, por cierto, una acción y una aspiración superior a la otra.

La técnica — y en esto sigue disintiendo con Ortega y Gasset y mucho más con las nuevas tendencias — es anterior al hombre desde el momento que existe una “técnica de la especie” (la técnica de la abeja, la del castor, la de los pájaros, la de la araña, entre las más extraordinarias).

Esa técnica de la especie, a diferencia de la técnica humana, es invariable e impersonal porque es atributo de la especie no del individuo.

La técnica del hombre es conciente, voluntaria, variable, per-

sonal e inventiva. El hombre es el creador de su táctica vital; ésta es su grandeza y su fatalidad.

Actividad existe en la vida de los animales pero es el hombre quien tiene una mano capaz de pensar; a la actividad de esa mano pensante se la llama acto. Con ello comienza el arte como concepto contrapuesto al de la naturaleza.

Lo que transforma la vida del hombre no son los utensilios; ellos transforman el medio, el exterior donde él vive, y, lógicamente tal cambio afecta al individuo, ejerce sobre él una acción refleja. Pero más que ello lo que alienta, orienta y transforma la vida del hombre es su posibilidad de ensimismarse para pensar y trazarse un plan de vida.

Hay un trabajo de dirección y un trabajo de ejecución... y hasta hoy se pretende disminuir, desvalorizar, circunscribir a la técnica a simple trabajo de ejecución.

De allí parten todos los diferendos: una mano imitadora, ejercitada y condenada a ser herramienta mecanizada, y, aún más, automatizada. O la mano pensante que construye y maneja la herramienta para liberarse del trabajo penuria y dominar la naturaleza, el mundo exterior, permitiendo al hombre ensimismarse en la tarea íntima de trazar el proyecto de su propia vida. La mano hábil pero sensible y reflexiva, capaz de crear.

La mano del cuadrumano sirviente de la máquina o la mano libre al servicio de la dignificación humana.

En el reciente Congreso de Filosofía se ha debatido el tema.

“En la época actual —expresó un delegado latinoamericano— se observa que crecen las multitudes urbanas, cada vez más desarraigadas de la tierra y más desvinculadas de la historia; ansiosas de multiplicar los medios de subsistencia, de goce y de lucro con el auxilio de las máquinas y se ha quebrantado la línea tradicional de los fines espirituales. Se aplica el esfuerzo en dominar la naturaleza a la vez que se pierde el contacto con ella, y deslumbrados por el progreso de la ciencia y el desarrollo del aparato técnico, descuidan el alma, pierden la fe y dan rienda suelta a los apetitos”...

Malraux — el representante de un nuevo humanismo al decir del Presidente de la Academia de Bellas Artes — al agradecer su designación honorífica, dijo: “el objeto capital de la cultura es una noción del hombre, sin la cual la nueva civilización no

podría vivir. No hay civilización sin alma. Nuestra era es la primera que plantea la civilización como un problema. La primera que pregunta qué es la civilización y qué es el hombre”.

ANDRÉS RINGUELET